

BERNARD VIOLET

NI FILÓSOFO NI TEÓLOGO

ENTREVISTA A GRAHAM GREENE

—Graham Greene, durante veinte años ha rehusado usted las entrevistas de la BBC, de la televisión francesa, etc. ¿Por qué aceptó ésta?

—Quizá me ha seducido usted, señor Violet. En efecto, no me gusta aparecer en la televisión porque pienso que un escritor debe ser una persona privada. He conocido escritores que han sido pervertidos por la T.V. y se han transformado en "comediantes". No me explico cómo me ha convencido, pero es un hecho. Por esta única vez, porque no creo que esto se repita.

—Es usted un escritor célebre, pero el hombre, detrás de sus libros, es muy poco conocido por el público. ¿Quién es usted, Graham Greene?

—Soy mis libros.

—En el *Dictionnaire des auteurs*, su nombre figura entre el escritor francés Julien Green...

—Lo conozco...

—Y Robert Greene, inglés como usted.

—No lo conozco...

—No es un autor contemporáneo. Murió en 1592.

—¡Ah, sí! El escritor isabelino. Lo conozco, claro, conozco su obra.

—Siempre en el mismo diccionario, leo: "Graham Greene, nacido en 1904. Inglés..." Como biografía es un poco sumaria, ¿no?

—Creo que es suficiente. Dice mi edad... (ríe).

—¿La edad es lo importante para usted?

—Creo que se vuelve importante cuando se envejece. Uno ve acercarse el "muro" delante de sí; a veces me pregunto si vale la pena escribir todavía un libro que quizá nunca terminaré.

—¿Piensa a menudo en ese "muro"?

—Sí, pero no siento ningún miedo.

—¿Al parecer es usted inglés y no británico?

—Sí, en un sentido, ya que también soy un cuarto escocés.

—Cuando le dije un día a Anthony Burgess que era un escritor inglés, me respondió secamente: "¡Ah, no! ¡escritor británico!"

—No me gusta el término "británico". Prefiero "inglés". Pero el hecho es que tengo un cuarto de escocés.

—Se convirtió al catolicismo en 1927. ¿Por qué cambió de religión a una edad tan precoz?

—No se trató para nada de un compromiso emocional. Mi novia era católica y habíamos decidido casarnos. En esa época yo era ateo y pensé que en el interés de nuestra unión, tenía por lo menos que tratar de comprender aquello en que ella creía. Entonces, sin la menor pretensión de convertirme un día al catolicismo, le pedí a un sacerdote que me instruyera en la religión. En ese momento era periodista pasante en Nottingham. Recibí mis lecciones de catecismo en los lugares más inesperados: en el camión, por ejemplo... Y quedé intelectualmente convencido de que el catolicismo estaba, probablemente, más cerca de la verdad que las demás religiones.

—¿No fue simplemente por oposición a la fe protestante en Inglaterra?

—No. Para nada. Y la religión católica no había despertado ninguna emoción en mí hasta el día en que fui a México, cuando las persecuciones religiosas. Allí sentí por primera vez una emoción nacida de mi compasión por los perseguidos.

—Ha sido usted también corresponsal de guerra. Ha viajado por todo el mundo. Conoce todos los países o casi. ¿Por qué eligió por último la Costa Azul para vivir? ¿Es de veras un lugar de predilección para un escritor inglés?

—No. No necesariamente. Pero conozco la Costa, Antibes sobre todo, desde 1948, creo. Vine, la primera vez, para encontrarme con un amigo, el productor Alexander Korda, que tenía un barco anclado en el puerto y con quien salíamos juntos al mar. Después pasaron los años... Un día decidí alquilar un apartamento cerca de las murallas de Antibes y pasaba allí algunos meses del año. Luego, a consecuencia de una mala pulmonía contraída en un viaje a Moscú, mi doc-

tor me aconsejó que huyera de Inglaterra en invierno. Antibes resultaba por lo tanto el lugar indicado y me apegué mucho a ella.

—**¿Como explica que tantos escritores ingleses vengan a instalarse en la Costa? Pienso en Burgess, en Somerset Maugham...**

—Burgess vivía sobre todo en Italia, creo. Se instaló recientemente en Montecarlo. No considero que Montecarlo forme parte de Francia. En cuanto a Somerset Maugham, sí, vivía en Cap Ferrat. Las razones que me llevaron a vivir aquí son puramente personales. Ya no se trata de la salud, ya que ahora me siento bien, pero en el origen sí, fue una cuestión de salud.

—**¿Seguiría aconsejando a sus compatriotas no venir a instalarse en la Costa Azul, como lo hace en su libro *Yo acuso*?**

—Haría una excepción con Antibes. Me siento muy apegado a esta ciudad, pero hay otros lugares de la costa que, como usted sabe, me gustan menos...

—**¿Qué es lo que le atrae en especial en Antibes?**

—Tengo muchos amigos entre los comerciantes, los dueños de restaurantes, entre la gente en general. Siempre encontré a los antibianos muy generosos y gentiles. Por ejemplo, cuando los hechos de Mayo del 68, yo estaba en Italia. Regresé a Antibes y los bancos estaban cerrados. Estaba sin dinero. Todos fueron muy gentiles conmigo. Me dieron crédito, me prestaron dinero. Por amistad. Lo agradecí mucho.

—**Cuando uno lee su último libro, *Monseñor Quijote*, no puede dejar de pensar en el *Don Quijote* de Cervantes. ¿A cuándo se remonta su interés por este autor? ¿A la infancia?**

—No. Es curioso, nunca me gustó demasiado ese libro. Pienso que tiene pasajes muy largos y terriblemente aburridos.

—**Pero el personaje de Don Quijote le fascina, ¿no?**

—Sí. El personaje, mucho más que el libro. La idea de escribir esa novela se me ocurrió durante los numerosos periplos que he hecho por las rutas de España, con un amigo, sacerdote y profesor de literatura en Madrid. Esos viajes se cumplieron a lo largo de cinco años consecutivos, a razón de un viaje por año, y me hicieron falta tres para escribir ese libro.

—**Me parece que hay puntos de contacto entre su personaje de Don Quijote y el Don Quijote de Cervantes. ¿Lo cree usted?**

—Creo que son muy diferentes uno del otro. Don Quijote es un personaje mucho más agresivo que el Monseñor... mucho más seguro de sí. He trazado un personaje cuya característica esencial es la duda. Duda incluso de su fe, mientras que la duda ni siquiera roza el espíritu de Don Quijote. Por lo tanto tomé el personaje de Cervantes como punto de partida y hay entre ellos ciertos paralelos que es posible descubrir: la Guardia Civil ocupa el lugar de los molinos de viento y un "gangster" la de los castigados a galeras. Pero no quería sentirme atado al personaje de Don Quijote.

—**Su padre Quijote no es una personalidad tan fuerte como Don Quijote y es quizá más atractivo por sus cualidades humanas y sus debilidades, precisamente. ¿Está de acuerdo?**

—Sí. Y de la misma manera pienso que mi Sancho es distinto del de Cervantes; es más inteligente y menos pedestre.

—**Me parece que existe una gran comprensión y diría, incluso, un gran afecto entre los dos personajes principales de su libro: el padre Quijote y el alcalde comunista.**

—Sí, porque durante sus conversaciones descubren que ambos son presa de dudas, que no están seguros de sus creencias. El alcalde prefiere el comunismo ortodoxo al eurocomunismo, pero al mismo tiempo sentimos que la duda le surge como un pensamiento escondido. Del mismo modo, la duda está siempre presente en el espíritu del padre Quijote.

—**¿No hay allí algo como una caricatura de la jerarquía en el seno de la Iglesia?**

—Sí, sin duda. Y una caricatura de la jerarquía en el seno del comunismo, también. El politburó contra la curia.

UN CIERTO ANARQUISMO

—**Tengo la impresión de que usted está espantado, ante todo con los gobiernos establecidos que piensan que la gente debe ser guiada con mano de hierro. ¿Será usted un partidario del desorden?**

—Bueno. Con cierta reticencia, quizá me clasificaría como anarquista, pero un anarquista a la manera de Herbert Read, escritor inglés, poeta y filósofo. Una forma de anarquía que tiende a acercar lo más posible el poder al pueblo. Que las regiones sean liberadas de la tutela del gobierno; que el poder de los dirigentes se reduzca.

—**Dice usted que la duda pone un término a la libertad de acción. ¿Es deseable la duda para el hombre?**

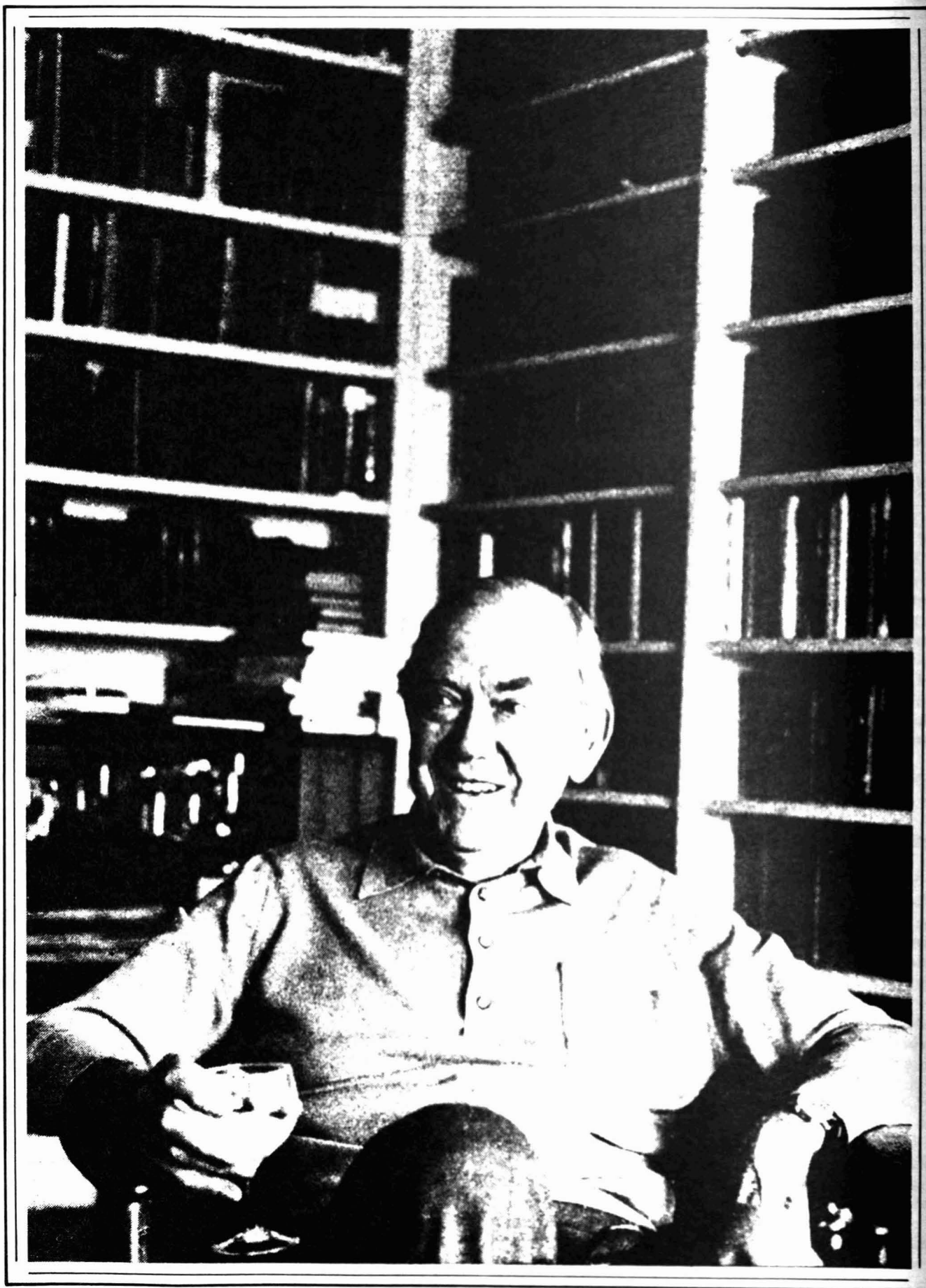
—Sí, sí.

—**Pero usted no parece darle una gran importancia a la duda.**

—Para mí, es un atributo humano. No me gustan los dogmas. Por ejemplo, en mi libro ridiculizo un poco el dogma de la Santa Trinidad, porque para mí ese dogma no es sino un intento hecho por un matemático torpe para explicar un misterio.

—**¿Quería explicar cómo Monseñor Quijote describe al Alcalde el Misterio de la Santísima Trinidad?**

—Ah, sí. Con las botellas de vino. Compara la Trinidad con dos botellas y media de vino que se han bebido. Tres botellas separadas pero que contienen la misma sustancia, nacida en el mismo momento... Sólo que se da cuenta de que ha cometido un error al representar al Espíritu Santo por una media botella. La imagen del Espíritu Santo debe ser del mismo tamaño que la del Padre y la del Hijo. Entonces, para corregir la herejía, beben un poco más de vino.



—¿Cree haber escrito un libro pesimista?

—No, creo que no es un libro pesimista. Por lo demás, en todos mis libros pongo una nota de esperanza. Un filósofo francés, Gabriel Marcel, positivista católico...

—Un existencialista cristiano...

—Eso es. Un existencialista cristiano... escribió una vez que yo era un existencialista porque había reducido la esperanza a su más simple expresión. Es posible. Pero la esperanza está, de todos modos.

—¿Se siente más cerca de Gabriel Marcel que de Sartre, por ejemplo?

—No soy un filósofo, y sinceramente tengo muchas dificultades para comprender a Gabriel Marcel. La única forma de existencialismo que me es accesible es la de Kierkegaard. Pero no soy un teólogo ni un filósofo. Eso me sobrepasa.

—Sin embargo, hay muchas reflexiones metafísicas en sus libros ¿no es así?

—Bastante superficiales, creo.

FIDELIDADES CAMBIANTES

—Si no cree ni en la religión ni en ninguna ideología política, ¿qué es en su opinión, lo que puede salvar al hombre?

—Pero yo creo en la religión. Simplemente hago una distinción entre la fe y la creencia. Cuando uno se hace mayor, la creencia puede esfumarse pero la fe permanece y nos dice: "Sí. Pero te equivocas". La creencia se funda en la razón; la fe es irracional y esta fe irracional puede muy bien subsistir incluso cuando la creencia se debilita.

—¿Una fe teñida de un cierto escepticismo?

—Digamos una cierta crítica con respecto al cristianismo o más bien a ciertos aspectos del catolicismo.

—Hace un momento yo aludía a la noción de compromiso en Sartre. ¿Puede decirse que esta noción es una constante de sus libros?

—Sí, creo. En *El americano tranquilo*, por ejemplo, el periodista cree no estar comprometido. Prefiere llamarse "reportero" más que "corresponsal" pero al fin descubre que él mismo, en cierta medida, está comprometido con el Vietnam. En la vida, sí, pienso que soy un hombre comprometido. Recientemente pasé no poco tiempo en América Central —en Panamá, sobre todo—, visité Nicaragua y simpatiqué con la causa sandinista. Muy al comienzo de la revolución cubana, me comprometí en favor de Fidel Castro. Confieso sin embargo, que mis compromisos no son definitivos y que me ha sucedido aliarme con causas que antes desaprobaba. Mis fidelidades son por lo tanto un poco cambiantes.

—¿También aquí, en la Costa Azul, ha corrido riesgos?

—Sí.

—¿Hay que ver en eso una continuación lógica de sus pasados compromisos, en América del Sur, por ejemplo?

—Sí, a menudo me siento comprometido... Siempre del lado de las víctimas. Víctimas del comunismo o víctimas del fascismo.

—Si tuviera que reescribir *El tercer hombre*, hoy, ¿el fin seguiría siendo el mismo? ¿El héroe antepondría el deber al afecto?

—Eso era una película, usted sabe, más que un libro. Lo que escribí estaba destinado a hacer una película, cuyo escenario era una adaptación del tratamiento original. Me gustó mucho la película. Ahí el héroe es un personaje un poco infantil que nunca maduró verdaderamente. Su admiración por Lima es la de un adolescente.

—En su caso, ¿cuál sería su elección personal?

—Quizás el deber, y quizás el afecto. ¡Eso depende de tal manera de las circunstancias!

—En una época se decía que era maniqueo. ¿Está usted de acuerdo con eso?

—No, para nada: el maniqueo pretende que dos fuerzas, el Bien y el Mal se equilibren y que el mundo está entre las manos del Mal. No es mi opinión. Tampoco soy un jansenista, como me acusa mi amigo Burgess. Como usted sabe, los jansenistas representan al Cristo crucificado con los brazos tendidos verticalmente, porque para ellos Cristo murió únicamente para los elegidos. En lo personal, no creo en esta teoría y ninguno de mis libros puede dejarlo suponer. Por lo demás no creo de ningún modo en el infierno.

—¿Qué piensa del personaje de Pinkie en *Parque de diversiones Brighton*?

—Con Pinkie traté de pintar a un ser diabólico al punto de que se lo pueda imaginar condenado al infierno. Incluso ahí fracasé en mi tentativa, porque no creo en el infierno.

LOS LÍMITES DEL LIBRE ARBITRIO

—¿Piensa que la gracia y la salvación pasan obligatoriamente por la pobreza y la fealdad?

—Muy verosímilmente, sí, lo pienso... Cristo ha comparado al hombre rico que llega al cielo con el camello que trata de pasar por el agujero de la aguja. Pienso efectivamente que cuanto más se triunfa en la vida, menos posibilidades se tiene de ser tocado por la gracia.

—¿Se siente hoy más cerca de Monseñor Quijote que del sacerdote ebrio de *El poder y la gloria*?

—Sí. Creo estar más cerca de Monseñor Quijote. El sacerdote de *El poder y la gloria* es para mi gusto demasiado ortodoxo.

—Sin embargo, una vez declaró, a propósito de *El poder y la gloria*, que esta obra le había deparado más satisfacciones que ninguna otra de las suyas.

—Sí, hace años de eso, pero uno cambia y hoy prefiero, por ejemplo, *El cónsul honorario*.

—El Graham Greene de hoy sería un “prudente”...

—No, ¡nada de eso, nada de eso! Simplemente he evolucionado y mis libros pertenecen a mi pasado; no soy el autor de *El poder y la gloria*. Hoy soy el autor que ha escrito *Monseñor Quijote* y quizá, dentro de dos años, el autor que ha escrito otro libro.

—Entre el Bien y el Mal, ¿el hombre es realmente dueño de su destino?

—No. Es presa de su circunstancia y de su herencia. Pienso que el libre arbitrio existe, pero los límites son estrechos: si usted ha nacido en un cuchitril, gran parte de su libertad de elección ha desaparecido. Lo mismo, si ha nacido de padres alcohólicos. Nadie es enteramente libre en sus elecciones: si es usted rico y colmado, su libertad de elección está limitada por su mismo éxito.

—Según Anthony Burgess, el Mal es necesario, en la medida en que permite elegir entre el Bien y el Mal. ¿Cree que el Mal existe?

—Sí, claro. Pertenecer a la condición humana. Puede tomar formas diferentes: el “Mal” puede ser una falta de generosidad. El “Mal” puede ser la crueldad, y estos son apenas unos ejemplos.

—Según usted, ¿el Mal arrastra la corrupción por el clima de desconfianza que engendra?

—Sí.

—¿Por qué colocó como epígrafe de *Monseñor Quijote* este pensamiento de Shakespeare: “No existe ni bien ni mal, el pensamiento crea a uno u a otro”.

—Tenía *Monseñor Quijote* en la cabeza cuando tomé esta cita de Shakespeare, pero no puedo analizar las razones de mi elección. Cuando uno escribe se producen curiosos misterios, ya se sabe; uno hace algo y siente que es justo, pero no sabe por qué.

—¿Sobrepasa la creación al creador?

—Sí. El personaje tiene su propia vida y se apodera del escritor. Actúa a veces al margen de lo que el escritor había imaginado.

—Se lo compara a menudo con François Mauriac. ¿Se siente cercano a él?

—Sí. Y estoy muy contento de decir que fuimos grandes amigos durante los últimos años de su vida. Durante tres años, justo antes de la guerra, fui editor e hice editar una colección completa de sus libros en inglés. Eso estrechó entre nosotros los lazos de amistad. También intervine discretamente para hacerlo nombrar doctor honoris causa en Oxford. Lo quería enormemente. Me gustaba su lado un poco “maligno” “mal hablado”. Era muy divertido y probablemente, creo, un jansenista. Que no es mi caso.

GARCIA MARQUEZ MERECE SU NOBEL

—Tengo la impresión de que a usted no le gustan muchos escritores —sobre todo escritores ingleses—, Somerset Maugham, por ejemplo...

—¡Oh! Hay escritores que admiro mucho en Inglaterra y entre la gente de mi generación; por ejemplo, era un gran amigo y un gran admirador de Evelyn Waugh y hay hoy muchos escritores jóvenes que admiro.

—¿Cuáles?

—No sé si están traducidos al francés, pero hay una mujer, Beryl Bainbridge. Hay un irlandés, escritor del norte de Irlanda que actualmente vive en Estados Unidos; se llama Brian Moore. Está Muriel Spark, que está viviendo en Italia. Hay muchos...

—¿Y en Francia?

—Soy muy ignorante en cuanto a novela contemporánea en Francia. Es un problema de pereza. Me lleva mucho tiempo y mucho esfuerzo leer en francés. Me gustan mucho las primeras novelas de Julien Green.

—¿Es el cristiano atormentado lo que le gusta en él?

—¡Quizás! ¡Quizás! (ríe)

—¿Quién más?

—Me gusta mucho Bernanos, pero sólo lo he leído en inglés.

—¿Y entre los autores extranjeros, sudamericanos, por ejemplo?

—Me gusta mucho García Márquez. Somos muy buenos amigos e incluso hemos trabajado juntos. No sobre un libro... para obtener la liberación de los rehenes de San Salvador.

—¿Qué piensa usted de la literatura contemporánea en general? ¿Está viva y poderosa?

—Sí. Creo que la literatura es como la luz de un faro —se desplaza de una zona de experiencia a otra. En mi opinión, García Márquez merece su premio Nobel y la luz del faro está especialmente dirigida sobre América Latina en este momento. En la época de Mauriac, Cocteau y Sartre estaba especialmente orientada hacia Francia. Pero la literatura sigue estando muy viva.

LA RESPONSABILIDAD DE HITLER

—¿Piensa en verdad que el mundo ha cambiado en este medio siglo?

—Sí. Pienso que después de la última guerra, las cosas se han deteriorado mucho con el terrorismo, la dictadura, sobre todo las dictaduras militares de América Latina, y me pregunto a veces si el mundo no ha sido envenenado por Hitler. Su muerte no puso fin al terrorismo, más bien introdujo el terrorismo en la sangre de Europa. ¿Habrían existido las Brigadas Rojas si no hubiese existido Hitler? Enseñó la crueldad al mundo.

—¿Cree que las matanzas de los campos palestinos de Sabra y Chatila son la consecuencia lógica del testamento de Hitler?

—Sí. La situación habría sido diferente si no hubiera existido Hitler.

—En *El americano tranquilo* usted condena el imperalismo norteamericano. ¿Cree que Estados Unidos se ha vuelto un país más democrático?

—No. Creo que Estados Unidos es una especie de gigante paralizado, especialmente con este presidente actual. Me ofende ver a Reagan prestar ayuda a la junta militar de San Salvador. ¡Cuando uno piensa en las tres religiosas que fueron violadas y asesinadas, religiosas norteamericanas! Esta única razón debería haber puesto fin a la ayuda de los Estados Unidos. Como lo hizo Carter en cierto momento. Hoy la situación en Nicaragua es grave. La antigua guardia de Somoza sigue siendo una amenaza para Nicaragua. Como lo son las incursiones a lo largo de la frontera de Honduras. Han matado a niños en esos lugares mientras enseñaban a leer y a escribir a los campesinos. No comprendo la posición de Reagan cuando se lamenta de que Nicaragua compre demasiadas armas. Necesitan esas armas para defenderse del régimen militar de Honduras y contra los somocistas.

—¿Qué opina del comportamiento de los soviéticos? En Afganistán, por ejemplo.

—No me gusta nada esta invasión, nada... pero me chocó menos que la invasión a Checoslovaquia. En Afganistán estaba Amin, un tirano estalinista y sanguinario —una muy mala publicidad para el comunismo— y eso quizá disculpa un poco su intrusión en Afganistán. Pero pienso que los soviéticos se están dando cuenta ahora de qué difícil es ocupar ese país —del mismo modo que los ingleses hicieron esa experiencia en el siglo XIX.

NO ME GUSTARÍA SER JOVEN

—¿Qué opina de la reciente guerra de las Malvinas?

—Para mí es una guerra estúpida que no debió tener lugar. El Foreign Office cometió un primer error al dar la impresión de que queríamos desembarazarnos de las Malvinas. El segundo error fue cometido por Argentina al invadir Georgia del Sur, que jamás le perteneció, como tampoco a la España de antes. Pienso que tuvimos razón al repeler el ataque de Argentina. Espero —y siempre lo espero— que por lo menos una buena cosa surgirá de esa guerra: la caída de la junta militar en Argentina. Sobre esto tengo una historia bastante curiosa: una periodista argentina me había escrito, antes del desembarco en las islas, para preguntarme mi sentimiento ante la situación. Le contesté diciéndole: "*La diferencia entre su país y el mío radica en que usted no podrá publicar nunca mi carta, mientras que yo puedo publicar todo lo que usted tenga ganas de escribirme.*" Luego, yo proseguía dándole mi punto de vista tal cual se lo acabo de exponer a usted. Para mi gran asombro, mi carta fue publicada, durante la invasión de las Malvinas, en el *Clarín*, el diario más difundido de Buenos Aires.

—¿Qué análisis hace usted de la situación presente en el mundo? ¿Vamos hacia una catástrofe?

—Pienso que probablemente rozaríamos la catástrofe si "catástrofe" hoy no quisiera decir "guerra nuclear". Me pre-

gunto —no soy un economista— ¿cómo podría salir el mundo de la situación económica actual? Se salió del marasmo económico de los años treinta porque hubo una guerra. Pero hoy, ¿cómo salir, *sin* guerra? Y sin embargo, una guerra significaría sin duda la utilización de las armas nucleares, al fin.

—¿Imagina usted que el mundo pueda volverse loco?

—En ese campo, soy optimista.

—¿Se inspira este optimismo en la esperanza en la juventud de hoy?

—No lo sé. No conozco bastante a los jóvenes para contestar pero no me gustaría ser un joven en este periodo de la Historia.

—¿No encuentra que la juventud de hoy está más bien desilusionada?

—Sí. Creo que tienen mucha razón al no tener confianza en sus mayores.

—¿Cómo era Graham Greene a los veinte años?

—Los años veinte eran la época de las marchas de hambre. El poeta Stephen Spender describe bien el comienzo de los treinta cuando dice: "*Nosotros que vivimos en la sombra de la guerra, ¿qué podemos hacer?*" En cierto modo, yo viví, pues, lo que los jóvenes viven hoy. A lo largo de los treinta esperamos la guerra. Probablemente hoy los jóvenes también temen la guerra. Pero, como acabo de decirle, soy optimista porque pienso que el buen juicio salvará al mundo.

—¿El advenimiento del socialismo en Francia puede darle a los jóvenes una nueva razón para confiar?

—Lo espero...

—Como escritor y como hombre, ¿qué espera usted hoy de la vida?

—Espero la paz.

—¿Piensa que vendrá?

—Quizás.

—¿Es usted pesimista u optimista respecto al futuro?

—Pienso en la paz personal, no en la paz del mundo. Soy optimista respecto a la paz del mundo; lo soy mucho menos respecto a mi paz personal. Tengo periodos de angustia y periodos de felicidad.

—¿Qué es lo que le preocupa?

—Tenemos muchos problemas en este momento...dificiles de resolver.

—¿En la Costa Azul? ¿En su vida privada?

—En mi vida privada...Pero soy optimista, en general, para el mundo.

—¿Piensa que el amor puede salvar a la humanidad?

—Es el buen juicio, creo, lo que salvará a la humanidad.